

Evocación de Violeta Parra

Por Marina Muñoz Lagos

El 5 de febrero de 1967 se murió de un balazo la compositora y cantante Violeta Parra. La noticia embargó de emoción a los artistas nacionales: porque Violeta Parra no sólo era compositora y cantante, sino que también era poeta, tejedora, ceramista, artífice del alambre y de la piedra, enamorada de los mejores raíces de nuestro folclore. Amó a su tierra y a sus habitantes con una pasión casi imposible, volcó su hermoso corazón en la palabra bien escrita y en las notas armables de su canto.

Fue sencilla como su nombre: una violeta crecida entre pequeñas vegetales que no se dan sombra unos a otros y que viven la plenitud de sus tallos. Bajo el tierno follaje de poderosos árboles dan a conocer el color de sus flores y la luzania de sus hojas. Crecen como por encanto de viejos hechizos y hacen suyas la mirada de los más inquisidores de la belleza y el sosiego. Violeta Parra se parece a esa planta que pasa inadvertida, pero que deja en el transeúnte al aroma persistente de la eternidad.

Ella misma reconoció el haber perdido gran parte de su vida en labores poco aprovechables. Pese a todo lo que nos dejó: sólo en los últimos años de su vida afrontó una tarea gigantesca de rescate de nuestro folclore. Fue en el tiempo en el cual se tomó en serio y anduvo por las zonas más increíbles del vasto territorio nacional en busca de las fortunas de nuestro cancionero.

Su visión de la patria fue eminentemente poética y desde las cuerdas de su guitarra sacó los dolores y las esperanzas de su pueblo, el cual perteneció por hilos de sangre y fanegas de sentimiento. El mismo pueblo que la recuerda en sus canciones, que la repite en sus versos, que la lleva en sus melodías y la hace suya en cada vuelta de un camino pedregoso o una esquina de barrio pobre, una alameda de eucaliptus o una cerca de barro.

De allí sacó fuerza e inspiración para sus obras: desde el duro socavón de las minas, donde el hombre se consume en la noche de sus trabajos; desde el surco dorado a tierra fresca que



acompaña al campesino laborioso; desde la dureza terrosa de las conteras, el mar salobre con sus riquezas, la montaña vetada de escondrijos y clorofilas, los pueblos diminutos, los caminos.

En esta labor de inconsable investigador anduvo solitaria con sus propósitos e ilusiones, sus deseos de cantar y su guitarra. Fueron años de prolongada búsqueda y gloriosos frutos que no crecieron vanos ni en vano. Cuando se le preguntaba por sus canciones, Violeta Parra no titubeaba en contestar que le bastaban sólo tres para darse por contenta: "Volver a los diecisiete", "Run run se fue p' al norte" y "Gracias a la vida".

A poco más de veinte años de su muerte nos alegra el comprobarla viva en el corazón de sus compatriotas. Caminando de improviso por una calle cualquiera de la patria, escuchamos la poesía de sus cantos y la entonación de su música. Desde el extranjero se le recuerda con cariño y veneración. Por ahí cuelgan de ilustres murallas sus cuadros y arpilleras. De las voces de los jóvenes de hoy siguen naciendo sus canciones como hierbas recién cortadas, como ríos que anuncian sus cauces transparentes, como oleajes o cielos claros.

Violeta Parra continúa derramando sus semillas entre nosotros, alineando sus melgas, cosechando sus racimos. Sus canciones nos van en su rostro moreno, con cicatrices de vicuña y ternura de horrelana, entre un mundo que se olvida del hacer cotidiano, aquel que nos deja agradecidos de su evangelio, del poema que una guitarra traduce en esperanzas y bondades.

Evocación de Violeta Parra [artículo] Marino Muñoz Lagos.

Libros y documentos

AUTORÍA

Muñoz Lagos, Marino, 1925-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Evocación de Violeta Parra [artículo] Marino Muñoz Lagos. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile